

## ¿PARA QUÉ VERSE EN EL ESPEJO?

No era necesario memorizarse.

Se conocía lo suficiente para describirse a sí misma. Pasaba horas recostada en cama después de bañarse, húmeda, sedienta de ella. Odiaba los relojes, pero se invadía de ellos en todas sus formas, eran su espejo, eran los que marcaban su vida, esos relojes la ayudaban a reconocerse.

Aprenderse se había convertido en su mayor obsesión. Tenía tres lunares en la rodilla, una línea recta en la mejilla izquierda, otro junto al pubis haciendo sombra a un viejo tatuaje de un gato lamiendo su vello púbico.

Era delgada, con anchas caderas y unas nalgas duras por decisión de la naturaleza, sus manos flacas eran el símbolo perpetuo de un siniestro ministerio. Odiaba las calles, su casa era suficiente para conocer su cuerpo y regalarlo a las ventanas azotadas por el viento.

Su locura no era de mente, era de cuerpo.

Caminaba tambaleándose, rozando sus labios al mantener la boca abierta.

Le agradaba regalar su cuerpo al whisky, no lo tomaba, lo regaba sobre su cuello para que este se encargara de abastecer los senos. Sus palabras no eran muchas, sólo repeticiones de canciones viejas, tanto que en ocasiones ella las olvidaba.

Acomodaba su casa, el azul le era agradable para su recámara, al tiempo que el rojo se alimentaba del resto, los muebles eran escasos, lo importante eran los sillones, el escritorio, la tina y aquel colchón semi nuevo. El sótano era una bodega carmín invadida de colchones, no soportaba tenerlos más de seis meses, le gustaba guardarles secretos y facilitárselos a otros, no toleraba tirarlos, por eso los guardaba. Cada uno significaba el aprendizaje de cada parte de su cuerpo.

La voluntad no era su mejor compañera, lo era el instinto; sí, así era ella, instintiva, silvestre en una ciudad adormecida en su cuerpo, aletargado como los volcanes.

Su vida no era triste, tampoco era feliz. Para algunos era una vida somnolienta, dispersa para otros, para ella era exclusivamente un estado más de la muerte.

Sofía, Regina, Catrina, Karina... eran uno de sus múltiples nombres, cada semana intercambiaba. Ella era así, su mente se metamorfeaba entre las horas, le temía a la esquizofrenia, al olvido, pero sobre todo al recuerdo, al propio recuerdo, aborrecía ver su niñez en fotografías, le enervaba verse trepada en los brazos de su madre, le dolía observar sin recordar y odiaba recordar cosas y no verlas, no vivirlas en ese instante.

Su piel era tan frágil como su alma la cual lloraba en el interior de su rostro hermoso, fino, limpio e inocente, ruinoso y decadente al malgastarse en su sombra.

Le obsesionaban sus perfiles, por eso masajeaba sus senos grandes como el jardín en la oscuridad de una cueva. Se vestía lentamente, abría los cajones con suavidad para no maltratar sus uñas largas otorgadoras de placer, se ponía la misma blusa de licra negra, una falda corta, sus botas de tacón de aguja y abría las piernas sensualmente para oxigenar su sexo.

La lencería no le agradaba.

Salía todos los días a las ocho de la noche contoneándose para platicar con el viento. Conocía las miradas de los hombres y las miradas acusadoras de las mujeres. Daba vuelta en la esquina y sonreía ansiosa, sabía que en la cuadra siguiente estaría aquella mujer que la deseaba y la cual cada noche tocaba una parte distinta de su cuerpo. Ella nunca protestaba, se dejaba y alejaba con la misma facilidad con la que seguía su camino.

Ese día era especial, tocarían la última parte de su cuerpo, sólo faltaba tocar bajo el pubis, mimar con las yemas de los dedos sus labios.

Caminaba despacio, nerviosa pidiéndole al viento le secara el agua que le resbalaba de entre las piernas. La cuadra estaba oscura, la farola parecía ser su cómplice y dormía para no ser testigo de aquel incomprensible deseo.

Cinco pasos más, la mirada dispersa y... ahí se encontraba aquella mujer tosca, vestida de hombre, con el cabello corto fumando un puro, la vio venir, se paró junto a ella, exhaló una bocanada de humo hacia su rostro, levantó su

falda y la tocó, las yemas de ambas manos besaron aturdidamente aquellos labios al tiempo que Karina se vaciaba lubricando las uñas de aquella mujer.

La luz se encendió, la mujer la tomó y empujó hacia una puerta amarilla. Karina entró, no podía pronunciar palabra, aquellas manos se introducían en sus nalgas. Bajaron escalones, Karina dio vuelta a la izquierda y la mujer sonrío, abrió una puerta, la mujer la cerró y prendió un fosforo, encendió un quinqué y se desnudó rápidamente.

Su cuerpo era grueso, todo lo contrario al de Karina. La despojó de su ropa pero le dejó las botas, la recargó en la pared y le separó un poco las piernas. Le dio la espalda, se acercó a un agujero de la pared y sacó un marcador negro, se acercó a Karina y la dividió. Entre cada una de las líneas dedicaba un tiempo para jugar con el vello, Karina en instantes subía sus manos y apretaba sus senos, a la mujer parecía no importarle ese movimiento, se agachó y al levantarse dio cuatro pasos hacía atrás, se vistió sin decir nada y se fue.

Karina esperó una-tres-cuatro horas en la misma posición esperándola pero, no regresó. Se vistió, salió precipitadamente, corrió y sintió temor, había tenido miedo, pero terror nunca. Corrió, las calles inmensas parecían regresarse evitando que llegara a su casa.

Por vez primera sentía pudor al sentirse observada, esa mujer le había robado su tranquilidad incomoda. Abrió la puerta y también por primera vez anheló un espejo. Deseó convertir todos esos relojes en un espejo inmenso.

El tic-tac de los relojes le taladraba la cabeza, eran demasiados y ella deseaba un espejo, pensó en bañarse, pero el deseo de esas líneas en su cuerpo la obsesionó, regresó a la puerta y le puso llave. Fue hacia una cómoda, sacó un desarmador pequeño y comenzó a bajar relojes, les sacó el cristal, uno por uno.

Al cuarto día dejó el desarmador en el piso, entró a su cuarto y limpió la pared frente a su cama, regresó y tomó las carátulas de cristal de los relojes, regresó a su cuarto y puso los cristales sobre su cama. Día a día despojaba de su rostro a los relojes.

Pasó un mes, treinta días sin bañarse, sin dedicarse a ella, sin salir a la calle, comenzaba a olvidarse, en ese mes se había olvidado.

Miró su cama llena de los rostros pálidos, transparentes de los relojes. Tomó resistol y pegó pasivamente los bordes de los cristales. Pasaron quince días más y terminó de construir un espejo con un reflejo muy tenue, se había edificado un espejo con el rostro viejo de su tiempo.

Instaló el cristal en la pared, no era grande, abarcaba su cuerpo. Lo acomodó frente a su cama, en su pared azul, el color le irritó, quitó el espejo y colocó una sabana blanca, recargó el cristal, su figura era difusa, tenue, pero podía observar las líneas, líneas que un mes y medio atrás esa mujer había trazado en su cuerpo.

Se tocó intentando abarcar cada raya con sus dedos fríos, sucios, reflexionó y dejó de tocarse, fue hacia su escritorio, tomó un plumón, una hoja y dibujo su cuerpo, volvió a tocarse abarcando cada línea tratando de reconocerla en su piel y pintarla en el dibujo.

Tardó ocho horas, abandonó el papel en el piso, fue hacia la regadera, abrió las llaves y se metió a la tina, cerró los ojos, se olvidó de los perfumes, de las burbujas. Por primera vez se disfruto a sí misma sin tocarse, se olió sin encontrarse ningún aroma y le gustó, abrió los ojos, observó al agua llevarse cada una de esas líneas, líneas rectas que habían marcado su vida y su tiempo, líneas que la habían hecho olvidarse e irónicamente volverse a recuperar.

Se quedó en el agua en espera de ver su piel arrugada, esta vez tomó una toalla, se sentó en el escusado y secó sus pies, dedo por dedo, cazando sus venas, alternando surcos inexistentes.

Así fue secando todo su cuerpo.

Se dirigió al segundo cajón de un buró, sacó una lencería negra con encajes blancos. Por primera vez que iba a ponerse ropa interior. Se la puso y bailó con la música que salía de su murmullo. Tomó la minifalda y la blusa negra

que llevaba puesta aquel día, las arrugó, las bañó en alcohol, las puso en la tina, les prendió fuego y comenzó a gritar, el alcohol vistió de fuego aquella ropa, el humo se hizo espeso como si tratara de opacar sus gritos.

Algunas lágrimas bañaron sus ojos, esta vez las disfrutó y sonrió.

Cerró la puerta del baño, bajó las escaleras y se detuvo frente a los relojes sin rostro y frenéticamente les arrancó las manecillas: “se quedarán sin voz” – gritaba olvidándose del Silencio.

*La voz es una síncopa descalza entre las murallas de piel sin desierto de luna.*  
– gritaba nuevamente, para escucharse, hacía tiempo que no se consagraba una frase.

Caminó disfrutando su lencería, tirando a cada pasos segundos, minuterios. Entró a su cuarto, cargó el cristal-espejo, lo depositó en la bodega junto a los colchones, volvió a su habitación, tomó el dibujo, y observó su cuerpo marcado geográficamente, lo recostó en su cama, tomó la botella de alcohol nuevamente, consagró el dibujo, el colchón, se recargó en la pared, bendijo su cuerpo, se dijo una frase silenciosa, caminó y buscó entre sus cosas un encendedor, volvió a recargarse en la pared, dio algunos tragos al alcohol, dejó caer un pequeña laguna de alcohol en su mano y remojó su lengua, cerró los ojos, sacó la lengua y acercó el encendedor...

Martha Leticia Martínez de León... *Silencio*